



HISTORIA EN VIVO

Bertha Hernández

**Ignacio
Manuel
Altamirano,
un
embajador
y un sainete
diplomático**

HISTORIA EN VIVO

Ignacio Manuel Altamirano, un embajador y un sainete diplomático

Bertha Hernández

historiaenvivomx@gmail.com

El triunfo liberal después de tres años de guerra civil dejó muchas heridas que cicatrizaban lentamente, cuando sus propietarios no se dedicaban a mantenerlas abiertas, con terquedad y rencor. Agitada era la vida diplomática en el México de 1862, cuando algunos de esos caballeros creían que representar a otra nación les daba carta de impunidad. Pero entre los liberales de esos días, había quien no estaba dispuesto a soportar insultos a México, ni la divulgación de graves mentiras.

La verdad es que pocos personajes tan antipáticos había en la ciudad de México, en aquel lejano 1862, como el barón de Wagner, que llegó a la capital de nuestro país en el mes de febrero, y muy pronto se convirtió en una presencia latosa y quejumbrosa en lo anecdótico, e incómoda desde la perspectiva diplomática, al ser un activo promotor de los proyectos intervencionista de Europa, al calor de las tensiones causadas por la falta de capacidad financiera del gobierno de Be-

nito Juárez para pagar el servicio de la deuda externa.

¿Y eso, qué le importaba a don Enrique de Wagner, como se le conoció en estas tierras? El barón era el ministro de Prusia en México, es decir, el representante diplomático de aquella nación en nuestro país. No tenía sino un año que había acabado la guerra de Reforma, y, lentamente, la vida nacional se reconfiguraba. El gobierno liberal triunfante, encabezado por Benito Juárez, pasaba por épocas de verdadera penuria, con el erario exhausto y, en consecuencia, sin posibilidades de mantener su crédito internacional. En ese contexto, el barón de Wagner tenía mucho que ver, pues, además de representar a Prusia, su patria, también había sido designado para velar por los intereses de Francia y de Inglaterra, después de que México había restablecido relaciones diplomáticas con esas naciones, según había informado el presidente Juárez a la Cámara de Diputados.

Definitivamente, el barón de Wagner era un personaje muy importante. Y él lo sabía. A su arrogancia de noble prusiano se le sumó la certeza de que muchos se sentirían obligados a guardarle consideraciones y respeto. Y eso lo volvió un tipo problemático y molesto, amigo de quejarse por cualquier nimiedad que, según él, afectaba su dignidad de importante diplomático.

Las autoridades de la capital y el ministerio de Relaciones Exteriores se iban acostumbrando a las rabietas y quejas del barón, que luego se convertían en chismes sabrosos, porque, a fin de cuentas, todo se sabía, y que le arrancaban una carcajada burlona a los que no sentían por aquel caballero el temor reve-



rencial que deseaba.

Pero, ¿de verdad era tan molesto el barón de Wagner? Lo era, en efecto. Una de las anécdotas más sonadas del personaje ocurrió una noche, cuando el orgulloso caballero se dirigía a su casa, y pasó por las calles de Tiburcio y De las Damas, que estaban completamente a oscuras. De entre las tinieblas apareció un peladito que no pretendía asaltarlo o agredirlo; simplemente deseaba algo de fuego para su cigarro:

—Patrón... ¡présteme su lumbrita!

Resultó que la frase, tan inocente, hizo que Wagner montara en cólera: cómo se atrevía un miserable, un pelado, a dirigirle la palabra al señor ministro prusiano! Pero la verdad es que al barón le dio miedo, no fuera a ser que el fulano aquel sacara una navaja, de esas que mandan a la gente al otro mundo, y aguantando el temor le alargó el puro que fumaba. Apenas se lo devolvieron, echó a andar, apresurado, mientras el pelado le agradecía:

—Mil gracias, señor... ¡y que Dios lo acompañe!

Naturalmente, razonó el diplomático, la culpa de todo la tenían las autoridades de la ciudad: si las calles hubieran estado adecuadamente iluminadas, aquel mugroso jamás se habría atrevido a interpelar al elegante caballero... Al día siguiente, el barón de Wagner ya estaba en el ministerio de Relaciones Exteriores, para depositar una nota de protesta, exigiendo que todas las calles de la ciudad de México estuvieran convenientemente iluminadas, no fuera a ser que otro pelado le fuera a dirigir la palabra. Lo que para la cancillería mexicana se convirtió, muy pronto, en una complicación más, obligados como estaban a tolerar al problemático sujeto, era la comidilla, y un buen motivo para burlarse del estirado señor, por parte de los mexicanos de a pie.

GOLPEADORES EN CASA DE ALTAMIRANO

Extravagancias y majaderías aparte, el barón de Wagner era un personaje que no tenía pudor en manifestar su apoyo y el de su patria a los proyectos expansionistas de Napoleón III de Francia, entre los cuales México era una pieza ambicionada. A los pocos meses de la llegada del ministro prusiano a nuestro país, trascendió que, en el Parlamento francés, un ministro de apellido Billault aludió al "representante diplomático [en México] de una nación amiga" difundida en Europa la versión,

según la cual, el pueblo mexicano aplaudía y aceptaba la intervención de Francia. Descripción de esa manera, el único personaje que respondía a esa descripción era, naturalmente, el barón de Wagner.

Apenas se supo esto en México, una oleada de indignación cubrió a la cámara de diputados. Cuando se pudo conocer completo aquel discurso, donde se aludía al personaje, a nadie le quedó duda: se trataba de Wagner. Irritado, el diputado Ignacio Manuel Altamirano decidió que importaba llamarle la atención al diplomático que se dedicaba a hacer política contra el gobierno liberal, y escribió, en la edición de El Monitor Republicano, del 11 de agosto de 1862, un texto que tituló "Algunas palabras acerca de Mr. Wagner, ministro de Prusia en México", donde lo acusó de conspirar contra el gobierno legalmente constituido. Escrito en tono firme, y con una clara indignación contenida, el texto de Altamirano causó mucho revuelo, pues denunciaba al ministro prusiano como un agente promotor de la causa conservadora, que también favorecía los sueños imperiales de Napoleón III.

Tanta notoriedad ganó el escrito de Altamirano, que el diputado decidió convertirlo en un folleto, impreso por la misma casa editora del Monitor Republicano, la Imprenta de Vicente García Torres y que muy pronto circuló por toda la capital.

No bien se enteró el barón de Wagner, montó en cólera, como era previsible: no eran muchos en México los que se atrevían a tener con él un sí o un no. En un gesto soberbio y majadero, envió a su sobrino, que también era secretario de la legación prusiana, y a un escribiente de la misma oficina, a la casa del diputado Ignacio Manuel Altamirano, que por esos días vivía en la calle de Zuleta, que hoy conocemos como Venustiano Carranza.

Pero no se trataba de entregarle una nota de protesta, o, pensando en situaciones extremas, la propuesta de un duelo. Wagner escalaba en el nivel de grosería: pensando que estaba en su patria, donde, según añejas costumbres, los nobles no se ensuciaban las manos en peleas callejeras contra hombres sin linaje y de baja condición, encomendando a la servidumbre la misión de golpear y apalear al insolente que se hubiera cruzado en su camino, el barón mandaba al sobrino y al escribiente armados con manoplas de hierro, para propinar una golpiza al insolente diputado de origen indígena, bien conocido en la vida política mexicana por su liberalismo ra-

dical y su carácter fuerte.

Al principio, Altamirano invitó a pasar a los enviados de Wagner, y los llevó a la sala de su casa. Pero cuando aquellos hombres sacaron las manoplas de hierro, intentaron alcanzar al diputado y periodista. Fracasaron en el primer intento, pues el guerrerense les interpuso su gran mesa de centro. Pero al persistir en la agresión, el diputado Altamirano no vaciló: mientras daba voces en demanda de ayuda, descolgó de la pared su machete suriano -que, como buen guerrerense de primera generación, poseía-, dispuesto a poner en su lugar a los impertinentes que se atrevían a intentar agredirlo en su propio hogar.

Apareció, repentinamente, un muchacho, Vicente Bujeda, oriundo de Tixtla, como el propio Altamirano. Vicente era ahijado del diputado y formaba parte del servicio doméstico de la casa. Era, se cuenta, un mocetón alto y corpulento, que al ver a su padrino en peligro, no dudó: también machete en mano se lanzó contra los enviados de Wagner, a quienes sacó de la casa y persiguió por el patio. En la refriega, alcanzaron a propinarle un golpe con una de las manoplas, antes de escapar a toda carrera.

Al día siguiente, la rabia del barón de Wagner era todavía mayor: su intento de agredir al diputado Altamirano había fracasado, y sus enviados terminaron apaleados y corridos. Como la clase política cerró filas en torno al diputado, ante un ataque que todos calificaron de bárbaro, no se le ocurrió mejor cosa que iniciar una queja contra Altamirano por delitos de imprenta, exigiendo a las autoridades mexicanas que se recogieran todos los ejemplares del folleto donde el diputado lo denunciaba por conspirador en favor de los intereses de Francia. Lo mismo hizo contra otro breve impreso, de la autoría del periodista Alfredo Chavero que elogiaba la valentía del diputado Altamirano y llamaba la atención sobre los extranjeros que se creían con el poder suficiente para atacar a un mexicano en su propia casa.

La acusación por delitos de imprenta no prosperó porque los acontecimientos se precipitaron: la intervención francesa comenzó, saltándose los términos de los Tratados de la Soledad, y todos los protagonistas asumieron el papel que les tocaba: Wagner, del lado de los intervencionistas. Ignacio Manuel Altamirano marchó al sur, a Guerrero, en espera de la oportunidad de participar en la lucha armada, en defensa de la patria invadida. •



PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN
CRÓNICA	PP-8	05/03/2023	COLUMNAS Y ARTÍCULOS



Usualmente, Ignacio Manuel Altamirano es considerado un poeta y escritor notable, pero formó parte de las generaciones que consolidaron las ideas liberales como los cimientos del México moderno.